

LOS HERMANOS ZEMGANNO

I

En despoblado, al pie del poste que erigido en la encrucijada indicaba el portazgo, cruzábanse cuatro caminos. El primero, pasando ante un castillo Luis XIII moderno, donde sonaba la primer campanada de aviso para comer, trepaba describiendo lar-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"MIL Y CINCO CIENTOS"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

gas eses á la cumbre de abrupta montaña. El segundo, orillado de nogales, convertido á los veinte pasos en mezquina senda vecinal, se perdía entre colinas de laderas plantadas de vid y cimas incultas. El cuarto faldeaba unas canteras de *balasto*, atestadas de banastas de hierro para escoger la grava y de carretillas con las ruedas rotas. Este camino, donde terminaban los demás, conducía, por un puente muy resonante al atravesarlo los carruajes, á una villita edificada en forma de anfiteatro sobre vivas peñas, aislada por ancho río que, al torcer su curso entre las plantaciones, bañaba la extremidad de un prado lindante con la encrucijada.

Cruzaban el cielo, todavía luminoso, algunos pájaros, y volando raudamente y exhalando agudos pitios, chillaban las buenas tardes. Caía frialdad en la sombra de los árboles, y tintas violadas en los surcos de los caminos. Sólo se oía en lontananza el gemir de un eje cansado. Alto silencio se elevaba de la campiña vacía, y, hasta el día siguiente, desierta de vida humana. La propia agua del riachuelo, rizada únicamente en torno de una rama sumergida,

dijérase que había perdido su fluida actividad, y la corriente parecía deslizarse reposando.

Desembocaba en aquel punto, por el sendero tortuoso que desciende de la montaña, extravagante carricoche, tirado por blanco jamelgo, armando gran estrépito de ferranchinería con el desvencijado torno. Era un carruaje monumental, que ostentaba sobre su cubierta de cinc, oxidada y comida de orín, ancha lista de pintura color naranja, y tenía en la delantera una especie de reducido pórtico, donde un tronco de hiedra, plantado en remendada marmita, simulaba un arco de trashumante verdura, zarandeado á cada bache. Muy de cerca, seguía al cochérón singular carreta verde, cuya parte superior, protegida por un techado, se abría y redondeaba sobre las dos magnas ruedas, á semejanza del ancho costado de los *steamboat*, donde se escalonan las camas de los pasajeros.

Ya en la encrucijada, saltó del primer vehículo un vejezuelo de abundante melena gris, de trémulas manos; mientras desenganchaba; una mujer joven se asomó al pórtico guarnecido de hiedra. De medio

cuerpo arriba se envolvía en amplio mantón, mientras sus muslos y piernas, que sólo cubría un traje de punto rosa, aparecían como fragmentos de desnudez. Sus manos, cruzadas sobre el pecho, subían poquito á poco hacia los hombros, con el estremecimiento de quien siente frío, ciñendo el abrigo en torno de la garganta, y á la vez, gravitando sobre una pierna, llevaba con un pie el compás de la cotidiana pantomima. Algún tiempo permaneció así, vuelta atrás é inclinando la cabeza sobre el hombro, difumado su perfil entre la sombra, pero iluminadas las pestañas, con gracioso movimiento columbino, y dirigiendo tiernas frases y amantes palabras á un ser que aún permanecía dentro del coche.

Desenganchado el caballo y quitadas las limoneras, colocaba el viejo con amoroso cuidado un estribo al pie del carruaje y bajaba la mujer, no sin recibir antes en sus brazos un á hermoso rapaz de camisa rabi-corta, rapaz más desarrollado y robusto de lo que acostumbran ser los niños durante el período de la lactancia. Entreabriendo el mantón, dió la mujer el pecho á su hijo: al mismo tiempo caminaba á paso tardo y cor-

to, dirigiendo hacia el río las rosadas piernas, en compañía de otra hembra que ya besaba las desnudas carnes del chiquitín, ya se agachaba para recoger *dientes de león*, que hacen una ensalada muy rica.

Del segundo vehículo habían salido personas y animales. Primero un perro de aguas pelado y lacrimoso, que de puro gusto de verse en tierra, daba por espacio de un momento furiosa caza á su propio rabo. Luego algunos volátiles que, aleteando de bienestar, se posaban sobre el coche. En seguida un adolescente, desnudo el torso bajo la abrochada tuína, que echaba á campo traviesa, sin objeto, al azar. Tras él un gigante tan grueso de pescuezo



como de cabeza, y que, en lugar de frente, lucía un lanoso matorral. Además, un pobre diablo portador de la más lastimosa levita que nunca usó hombre alguno, y sorbiendo en un cucurucho de papel un residuo de tabaco. Por último, cuando ya parecía desocupada la carreta verde, se descolgaba una extraña figura que, merced á rastros de pintura mal borrada, representaba tener la boca rasgada de oreja á oreja. Tamaña boca bostezaba, mientras se desperezaba sosegadamente su dueño... Y éste, al divisar el río, hundíase en el fondo del coche, y volvía á salir trayendo, á guisa de casquete, unas balanzas de pescar cangrejos.

Mitad corriendo, mitad haciendo la rosca, llegaba á orillas del agua el grotesco personaje, que vestía hopalanda de indefinible color, dentada en sus bordes lo mismo que una sierra. Achaparrábase sobre el río un añoso sauce medio carcomido ya, pulimentado y venoso como un árbol de piedra blanca, y que escondía en su oquedad fresco musgo y montículos de pardo terrón: sauce cuya cabeza, vivaz aún, brotaba renuevos y ramillas muy entretejidas de cabrifollo. Debajo, el pasar y repasar de los pesca-

dores había abierto una á modo de escalinata en la raída hierba. Deslizábase boca abajo el payaso, é inclinado sobre la transparencia del agua—donde lo arcilloso del talud y lo rojizo de las raíces se desvanecían presto en lo azulado de una capa profunda—ahuyentaba su risible imagen á una bandada de peces que desaparecían cual oscuras flechas impelidas por aletas luminosas.

Con su hijo al pecho, contemplaba la madre, al través de las sombras que se prolongaban por cima el río, el descenso del sol en el horizonte, que sobre un punto de la corriente fingía giratoria columna de brasa. Seguían sus ojos las ondillas tan pronto formadas como deshechas, y el azul del zenit y la púrpura del ocaso; consideraba, con hondo y fijo mirar, los rápidos resbalones y el patinaje continuo de las zanquilargas arañas por la sobrehoz espejeante del río... aspirando á trechos, con leves y animales dilataciones de las fosas de la nariz, el perfume de las mentas que crecían en la orilla, traído en alas de la brisa que se alzaba ya.

—¡Eh! ¡Aporreada, á tus hornillas!

Gritábalo la voz de sochantre del Hércu-

les, que, sentado sobre un cajón en mitad del prado, calzando botines heroicamente guarnecidos de pieles, mondaba patatas con infinita delicadeza y cariñoso esmero.



Volvíase la *Aporreada* hacia los carruajes, seguida de la nodriza y madre, que se asociaba á los preparativos de la cena, silenciosa, sin tocar á cosa alguna, dando órdenes mudas casi lo mismo que suele hacerse en las pantomimas.

Entretanto el viejo de melena gris, después de atar los dos caballos á una empalizada, se ponía una casaca roja de húsar, con sardinetas y vivos de plata, y empuñando una regadera, se dirigía hacia el pueblo.

Ya palidecía el azul del firmamento volviéndose casi incoloro, con algo de amarillo

al Oeste, de rojo al Este; y nubes prolongadas, pardas y oscuras, listaban el zenit como franjas de bronce. Del moribundo celaje caía imperceptiblemente la cenicienta gasa que presta al día, vivo aún, incertidumbre en la apariencia de los objetos, y los hace dudosos y vagos, y sumerge formas y contornos de la dormida naturaleza en el desvanecimiento del crepúsculo: triste, dulce é insensible agonía de la luz. Únicamente en la villita, de macilento caserío, el reverbero colocado á la entrada del puente brillaba aún con resplandor diurno bajo los vidrios de su linterna; mas ya el testero de la iglesia mayor, de angostas ojivales ventanas, se destacaba violado y tenebroso sobre la lívida plata del poniente. La campiña no parecía sino confuso espacio. Y el río, que primero había adquirido verdores intensos y luego tonos pizarrosos, ya no era sino murmullo sin color, donde la sombra de los árboles arrojaba difusos manchones de tinta china.

Con actividad se preparaba la cena. En el prado, cerca del río, habían colocado la hornilla. Dentro se cocía no sé qué, entre las patatas mondadas por el Hércules. Tres

ó cuatro veces lanzara el payaso en un caldero varios cangrejos, que al dar contra el cobre, producían un rumor húmedo y crepitante. El viejo de la casaca de húsar volvía con la regadera colmada de vino. Sobre la alfombra en que se realizaban las proezas acrobáticas, disponía la *Aporreada* platos desportillados, y los individuos de la compañía, sacando de la faltriquera sus cuchillos, se acomodaban alrededor de la alfombra en indolentes posturas.³

Triunfaba la noche del muerto día. Un punto de fuego brillaba en una casa, allá al final de la calle mayor del pueblo.

De pronto salía de una plantación el adolescente, desnudo de medio cuerpo arriba, y trayendo envuelto en su tuina un animal que se defendía con fiereza. Al ver el bicho preso, breve júbilo, casi cruel, iluminó el rostro de la mujer que vestía traje de punto: diríase que sus pensamientos retrocedían hacia el pasado, evocando recuerdos.

—¡Tierra!—dijo palmoteando y con voz de contralto, voz engolada, de notas extrañas y un tanto perturbadoras. Y, desplegando felina destreza, sin pincharse, dedicóse á emparedar vivo el erizo en una pelota de



arcilla, mientras el viejo encendía con ramas secas hoguera enorme y llameante.

La compañía daba principio á su cena. Bebían los hombres en la regadera, á la redonda. La *Aporreada* comía de pie, avizorando el hornillo, atendiendo al plato que pasaba. La mujer del traje de punto, después de colocar cerca de sí al niño, en una esquina de la alfombra, cenaba con verle, y sus ojos pretendían hincarse en las amadas carnes de la criatura. Silencioso era el festín, caso frecuente entre gentes hambrientas, cansadas, á quienes distrae, bajo el ramaje y á orillas de un río, el espectáculo propio de una noche estival: vuelos de pájaros nocturnos, saltos de peces, encendimientos de estrellas.

—¡Venga mi sitio!—dijo el payaso empujando sin duelo al hombre de la levita lastimosa, el trombón de la compañía. Sentóse á mascar á dos carrillos, mientras, por espacio de un instante, se alzaban en el apagado cielo sonidos que parecían salir de remota campana de cristal, lentos tañidos, angelicales ondas sonoras, música de celeste melancolía, tan íntimamente fundida con el ambiente vespertino, que cuando

cesó, diríase que continuaba resonando.

Ya era cacharro la tierra donde se asaba el erizo; rompióla el Hércules de un hachazo, y la alimaña, que soltaba con las púas el pellejo, fué repartida entre los comensales. La mujer del traje de punto cogió un trocito, que chupeteó con golosa lentitud.

Pegado á su madre, el niño había ido poco á poco apartando los platos con manos y pies; y, poseedor exclusivo de la alfombra, se dormía en mitad de ella, panza al aire.

Gozaba todo el mundo la hermosa noche, estridente del canto de las cigarras, estremecida del murmurio de las hojas en la cima de los altos álamos: y al través de la soñolienta y ensoñadora obscuridad, pasaban sobre los rostros hábitos tibios, semejantes á caricias, á contactos que producen cosquilleo. A veces, hasta la volante sombra de un pájaro, proyectada sobre un riachuelo—que corría tristemente lamiendo un matorral de gigantes cas ortigas, cuyas hojas á la sazón parecían de negro papel,—causaba á las dos medrosas mujeres leve susto, no desprovisto de encanto.

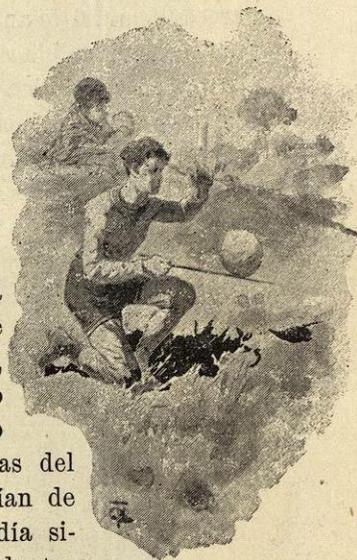
De pronto la luna, rompiendo por entre

los árboles, caía de lleno sobre el niño dormido, y éste, como si le hiciese cosquillas la blanquecina claridad, empezaba á rebullir la gracia de su cuerpo desnudo en indolentes movimientos. Sonreía su semblante á cosas invisibles, y sus dedos se abrían palpando ingenuamente el vacío. Y después, en el despertar del rapazuelo, en su movilidad ya más rápida, se advertía soltura y elasticidad singular, cual si estuviese dotado de huesos flexibles. Veíasele asir con la manecita el rosado pie y llevárselo á la boca como para mamarlo. En verdad que formaban cuadro encantador, digno del pincel de un poeta, la cabecita bombeada donde se envedijaban blondos rizos; los limpidos ojos de órbita profunda y suave; la naricilla chata, como aplastada por el seno de la nodriza; la boca que redondeaba caprichoso mohín; los carrillos regordetes; el vientre de muelles curvas; los carnosos muslos; las torneadas pantorrillas; los rollizos pies; las cucas manos; en suma, las frescas y gordezuelas carnes del angelito, que hacían rollas en la nuca, en los tobillos y muñecas, hoyos en los codos, caderas y mejillas; carnes *lácteas*, alumbradas y re-

vestidas de pálida transparencia por la luz opalina de la luna.

Mientras la extática madre contemplaba á su hijo más pequeño, el mancebo de la tuina, rodilla en tierra, ejercitábase una y otra vez en recibir y mantener en equilibrio un globo sobre una varilla, sonriendo al mismo tiempo á su hermanito.

En el seno de la gran naturaleza y de la apacible noche, todos por instinto volvían al trabajo diurno, á las tareas del oficio con que habían de ganar el pan del día siguiente. El viejo, dentro del coche, sin soltar su casaca de húsar, hojeaba, á la luz de una candela, papelotes viejos. En un rincón del paisaje, que aún alumbraba la luna, ensayaban la *Aporreada* y el sacabuque una escena de bofetones: la mujer enseñaba al simplón á que, en vez



de recibirlos, los remedase palmoteando.

Por lo que hace al payaso, habíase vuelto á sus balanzas. Y sentado bajo el sauce, cuyo abanico de follaje mezquino y gris parecía la mitad de una enorme y polvorienta araña suspendida sobre su cabeza, dormitaba en fantástica actitud, metidas las suelas en el agua, inclinado sobre la glauca profundidad, en cuyo fondo dormía el reflejo de una estrella.



II

El director de la compañía, el viejo de la casaca de húsar, el *signór Tomasso Bescape*, italiano rojo en sus mocedades y enteramente canoso ahora, poseía ojos penetrantes—siempre agitados y crispados por una movilidad semejante á un *tic*,—nariz esponjosa, boca sardónica, barbilla rasurada: en